



LO QUE USAMOS

CARMEN CASTRO.

## LOS MUSEOS MADRILEÑOS

Tiene Madrid, entre públicos, medio públicos y privados, medio centenar de Museos. En la Prensa se anuncian las horas y los días en que reciben visita los Museos públicos de Madrid.

Entre el Prado y los demás Museos de Madrid media una diferencia tan grande que cuando se cita a una persona en el Prado sólo se dice: En el Museo, a las ....., en el Bodegón de Zurbarán, o en tal Velázquez, o Goya de la rotonda, o... Hay "cafetería" en el Prado. Pero no es sitio para esperar a nadie: es lugar de restauración de la tensión perdida.

Lo que no sé es cuántos madrileños se dan, se dieron o se darán cita en el Museo del Prado, diaria, semanal, mensual, anualmente..., a lo largo de sus vidas.

Museo del Prado aparte, los Museos de Madrid ahí están, dignamente acondicionados y serenamente no visitados. Si casi na-

die que reside en Madrid va al Prado, ¿qué público le cabe esperar a la Academia de San Fernando? Sin embargo, a los Museos les sienta bien el público, los buenos visitantes suyos, se entiende. El público que pone incómodos a los Museos es, en general, forastero. Y en su mayoría gentes con la universal etiqueta de *turista*. En todo caso, se trata de un público masificado, apelmazado en sí mismo, para el que la postal o el *slide* son suprema adquisición del día, y que no se sabe si se conduce así porque ha sido mal tratado o es maltratado porque no parece acreedor a mejor trato museal.

Sin duda, una gran mayoría de quienes visitan los Museos, y no por culpa personal suya, sino por su situación personal cultural, conviene que sean conducidos a través de ellos como los rebaños que hasta hace poco cruzaban Madrid por Alcalá Recoletos, Alfonso XII..., que eran calles cañada, caminos establecidos por la Mesta.

Pero no todos los turistas—extranjeros o forasteros en nuestra ciudad—deben ser tratados así, y mucho menos quienes, turistas, peregrinos o sencillamente personas en la ciudad, pueden exhibir a la entrada su tarjeta de cultos y su vitola de civilizados totales. Porque acontece en muchos Museos—y en todos los del Real Patrimonio—que la visita a los mismos ha de ser acompañada. Y no está previsto el caso de permanencia en ellos seguidamente, en un mismo lugar, durante las horas que el horario autorice. Cosa que hace falta en ocasiones, y por razones que no tienen por qué ser expuestas al Patrimonio, nada menos.

Resulta absurdo que ahora, cuando novios, solteras, casadas nuevas y niñas en cabellos pueden circular por las calles, acudir a espectáculos o lugares “cerrados” sin la tremenda carabina de los años “20”, también llamada *chaperón* o señorita de compañía, haga falta se imponga forzoso o forzosa acompañante para recorrer ciertos Museos. Y no hay manera civil de alejar, ni siquiera de callar, al “enseñador” o a la “enseñadora”, fatídicos truchimanes que descomponen los cuadros del retablo de las maravillas que es todo Museo, lugar donde se anhela ante toda cosa soledad o por uno escogida y no forzosa y forzada compañía. Por otra parte, estos famosos enseñadores suelen ser incapaces de dar ninguna explicación que se les pida y que no conste en ese papel aprendido por ellos de memoria y a lo lorito real recitado. Insisto en este uso usual, porque demasiadas veces he visto suceder a “Felipe IV, Felipe V”—perdón—ante quienes eran doctores *honoris causa* por varias Universidades de Europa, cuando menos. Y porque, en contraste, recuerdo una escena florentina, de la que formé parte en Florencia.

Florencia, agosto. Palazzo Vecchio. Un grupo de turistas U.S.A. visitaba los Benozzo. Un enseñador italiano, provisto de puntero y foco, iba diciendo: “And this one is Lorenzo, and the other one is...” Tantas veces cuantas yo pretendía acercarme para obviar un reflejo en el oro, la vara puntero me cerraba el paso. Al fin, creyendo que el explicador se burlaba de mí, y mi libro en italiano abierto, le dije: “Yo tengo también

billete de entrada.” Como un rayo: “No soy tan imbécil, señora, como para infligirle la tortura de que vea en inglés a nuestra gente del *Cuattrocento*; un segundo y le alumbraré como se debe.” Era un estudiante. No podía con su oficio. Una expresión acorde a su conferencia de arte—perfecto y sensafísimo saber, expresado en toscano puro—era para él vital. Para mí, inolvidable. Y aleccionadora experiencia—tristemente aleccionadora—, por comparación con, con, con... De tales enseñadores nunca hallé muestra en nuestros Museos, donde sobran guías humanos y faltan guías y catálogos impresos.

El hecho no sólo es peregrino, sino sorprendente. Porque, además, es antieconómico. Pero todavía hay cosa peor. Faltan letrerillos oportunos, las fichas de las piezas expuestas, en muchos Museos. Y esta es una imperdonable omisión.

Todo lo cual procede de un falso enfoque de lo que ha de ser o puede ser un Museo: un centro de estudio especializado. Debe haber en todo Museo—dentro o a la vera de él—un núcleo de profesionales que trabajen sobre la materia—vegetal, animal, científica, de arte, etc.—pertinente a las piezas que se exhiben al público en el Museo. De este modo se entabla, mediante muchos procedimientos, un contacto fructífero entre quienes saben de la materia y quienes se interesan por aquella materia, como demuestra el hecho de su visita al Museo. De esta relación humana pueden surgir grandes bienes para todos y no menguados para el propio Museo en cuestión.

A mi modo de ver, los Museos, por honorosos y bellísimos que sean, no son meros adornos ni muestra heráldica de la grandeza de un lugar. Tampoco son máquinas sacaperras. Y mucho menos cementerios de obras, o de animales, o de vegetales, o de...; en fin, no son lugares donde se conserva a buen recaudo lo que no debe tirarse—especie de ilustres y bien acondicionadas buhardillas—. Ni tampoco son colecciones de maniáticos señalados abiertas a la contemplación pública. Los Museos cumplen una misión esencial en la vida humana, y por ello no pueden ser fríos cementerios y final deshumanizado de las obras de los hombres, sean obras de arte o no de arte; sean

obras de naturaleza o debidas a la mano del hombre. En todo caso, lo que se exhibe en los Museos son cosas necesarias para mejor comprender la vida en el tiempo.

Los Museos son la presencia viva de los pilares sobre los que han tendido sus puentes los hombres a lo largo de siglos, o sobre los que pueden tenderse los actuales puentes hacia todos los espacios—espaciales o inteligentes—y de donde arrancan, por continuación, desviación, apartamiento o contraste, los puentes nuevos, haciendo nuevo camino en el tiempo.

Se dirá que los Museos antropológicos, los técnicos, los que sirven a las llamadas Ciencias Naturales, etc., han perdido hoy su razón de ser. La televisión nos trae a domicilio a los mismísimos pigmeos hablando, y a la fauna o flora subatlánticas, y la materia lunar, y toda la industria, y cuanto el alma apetezca. Pero nos lo trae todo de pasada y como en ensueño. Y no nos da holgura ni posibilidad de dialogar con lo enseñado, ni de preguntar y preguntarnos lo que es cuestionable y debe ser cuestionado.

En los Museos están los seres y las cosas fríos al diálogo. La araña que junto a sí tiene fotografiadas sus telas reticulares—las que hace drogada con LSD son como las retículas de los arquitectos más famosos—, disecada está más viva que la araña peluda y andante por la pantalla de televisión. En el Museo Naval de Madrid—si no me equivoco—está el mapa de Juan de la Cosa. No el glasofanado, enmarcado, perfectamente decorativo, sino el impresionante mapa que se sabían de coro Colón y Magallanes, y..., y..., y cuantos con él bajo el brazo—en mejor o peor copia—tendieron al viento inteligentes velas. A quienes el mar les hable en las tierras secas, altas, de Castilla les marea este mundo de Juan de la Cosa.

Gracias al arte de montar Museos, el arte expuesto en los Museos ha ganado vigencia y llega a dar su máximo de arte. El arte es hoy, más que nunca, realidad válida para el hombre.

Umbro Apollonio dice que es el arte “una realtà rara, per non dire inedita o inau-

(Foto Gómez.)



164



*gurale, qualcosa di soprastorico che completa la nostra esistenza*". Tal me parece a mí. Tan necesario como el agua para la vida de los humanos. Pero como la inteligencia y otros caracteres mentales de la persona humana no hacen bulto, son demasiadas las personas—y no siempre pocas personas—que confieren no sólo primacía, sino valor casi exclusivo a cuanto es palpable y hace bulto en la persona, dejando el resto—todo lo mental—olvidado. De este absurdo pensar procede el ausentarse los más de los Museos en la hora presente.

"La vida es un don de los pocos a los muchos: de los que saben y tienen a los que ni saben ni tienen." Esto puede ser verdad, como decía Modigliani. Y vida puede aprehenderse en Modigliani, en los creadores todos. Y está a nuestra disposición disponible en los Museos.

El arte—dice Malraux—no es un placer, sino una pasión. Como el amor, el arte es pasión irrenunciable para las personas, no sólo para los creadores de arte.

Y es que, en verdad, por el arte entramos, inconsciente o conscientemente, en contacto con las ultimidades del vivir. Lo sabía perfectamente Paul Klee. No en vano Gropius le tenía como la máxima fuerza moral y apelación suprema en los *conflictos Bauhaus*, cosa distinta de la Bauhaus. Klee dice: "El arte juega un juego espontáneo con las cosas últimas y, al cabo, las realiza." Esto es, las aprehende posesivamente y nos las entrega.

¿Qué acontecería si nos viéramos forzados a renunciar al arte? Nos llegaría el peor de los aburrimientos: el apolillamiento del alma. Marcel Proust viene a explicarlo mejor que nadie en esta página que hoy la luna nueva alumbra con brillo desmedido:

"Alas, otro aparato respiratorio y que nos permitiera atravesar la inmensidad, de nada nos servirían, porque si fuéramos a Marte o a Venus con nuestros mismos sentidos, conferirían el mismo aspecto que tienen las cosas de la Tierra a todo cuanto pudiéramos ver. El solo viaje verdadero, el único baño de juventud posible, no sería nuestro traslado a nuevos paisajes, sino el tener nuevos ojos, ver el Universo con ojos de otro, de otros cien; ver los cien Universos que ve

cada uno de ellos, que es cada uno de ellos; y esto nos es posible con un Elstir, con un Vinteuil; con sus pares volamos, en verdad, de estrellas a estrellas."

Con el arte de los artistas—aquí, señalados con nombres de ficción; en los Museos, nombrados por sus auténticos nombres—vamos pudiendo no padecer tedio en vida.

Tenemos los habitantes de ciudad una tal lucha emprendida contra el tiempo que casi todos los momentos de nuestro vivir implican la necesidad de superar un cierto contratiempo. Y ocurre que son millones los hombres que no se paran a pensar ni en la vida, olvidados de la muerte; ni en el arte, olvidados de la realidad. Cuando es sabido y cierta cosa que en presencia del arte es posible llegar a gran velocidad, en un puro instante, a tener presentes muerte y vida y realidad nuestra.

Los Museos son los recintos artificiosos—compuestos merced al arte de exhibir el arte—que nos acogen en Madrid con calor, a veces con frescor, a veces equivocándose en su propia temperatura con respecto al exterior. Pero, en todo caso, nos llevan a presencia de ultimidades. A veces, de ultimidades radicales y para nosotros fundamentales. Por eso es comprensible, aunque muchos no se lo expliquen, el cansancio máximo, la fatiga extrema que invade en ocasiones al visitante de un Museo. Es que le han sacado de sus goznes, increíblemente enmohecidos y opacos, a fuerza de presencias brillantes y nítidas, las obras de arte, obras de hombre, realidades del universo distintas y esenciales. Y el espectador, el visitante de un Museo, se siente lleno de luz y con sus huesos atónitos.

Pero, en fin, es un hecho que los Museos de Madrid no sirven, puesto que no son utilizados apenas por los madrileños. Ni los de arte ni los demás.

Los gritos de la ciudad, los gritos que dan los madrileños por mil razones, se oyen, se leen, se ven incluso. Hay vocerío contra los responsables del acondicionamiento de la ciudad porque no la acondicionan. Aullar por las esquinas.

¿Para qué sirve—me pregunto—acondicionar a Madrid como ciudad si no saben vivir su ciudad los madrileños? Hablan los

Museos. Hablan los jardines. Los parques también tienen su voz entristecida.

Pienso que somos tan pocos los habitantes de Madrid capaces de vivir la ciudad ciudadanamente, que podrían darnos a cada uno cincuenta llaves personalizadas—de ese medio centenar de Museos públicos, medio públicos y privados que tiene Madrid—y con ello estaríamos todos mejor atendidos: los Museos y nosotros.

Están las gentes viviendo Madrid poblachonamente. Madrid no es ni una ciudad ni una aldea. Madrid es sencillamente una de las grandes ciudades que hay en la tierra. Mientras no acabemos de comprender que con sólo residenciarse en ciudad no se convierte uno en ciudadano, mientras no reconozcamos que es preciso formar ciudadanos al mismo tiempo que hacen ciudad arquitectos y urbanistas y cuantos son técnicos en este quehacer, en muchos sentidos es inútil que Madrid se esfuerce por acondicionar Museos. Y por muchas cosas más.

Es triste vivir un fin de mañana a la entrada del Museo del Prado. Zona azul, del todo azul para la vida de los madrileños. ¿Aparcar el sentir frente a un Goya? Peregrina proposición. ¿Madrugar por pasarse una hora en el Prado, antes de lanzarse a la barahúnda del vivir profesional? Esto se queda para... Para Carmen y Severo Ochoa, y para algunos más. Criaturas del todo personas humanas personales. Sin embargo, el Prado está abierto casi ocho horas al día.

Pienso que convendría anunciar de otro modo los Museos. Ante todo, garantizar la calidad inofensiva de su consumo. Se podría decir que en un Museo es seguro que nadie nos encuentra si no sabe que allí nos hallamos. Quien quiera sentirse extranjero en su patria, visite Museos. Quien quiera soledad de soledades, no la busque lejos en el campo, porque la hallará tras la puerta de una calle, en un Museo de Madrid. Acaso convendría cerrar los Museos todos de Madrid—unos cuantos no bastan para que el portazo alce voces—. Y, en fin, hágase saber por todos los medios posibles que los Museos están abiertos—sin discriminación—para todos los hombres, también para los madrileños. ¡Seguro!